

El diario

Lo recuerdo joven, ágil, irónico. El profesor de literatura ejercía sobre los adolescentes la atracción que ha suscitado siempre la novedad, más todavía si era una novedad con frecuencia deslumbrante. Hablaba sobre la frágil belleza de una metáfora, la posibilidad de un adjetivo –“la literatura está en el adjetivo”–, o sobre la posibilidad de un nuevo modo de mirar y ver. Posteriormente he podido comprobar la profusión de la literatura y el complejo laberinto que inventa la creación literaria, sin someterse a ningún criterio prescrito. Nos hablaba también aquel lejano profesor de la tersura de lo sencillo y del esplendor de lo cotidiano. Todo muy azorinesco, según creo yo, distante ahora de sus palabras que encandilaban. De entonces guardo un amor por atender lo ordinario, fecharlo, y por ir sepultando con alguna pereza la crónica de los días.

El diario que él alentaba en nosotros posee la precisión del miniaturista y exige la constancia del artesano, sin grandes hechos que relatar, tampoco sin graves acontecimientos. Sumergirse en un diario es describir la levedad y renunciar a la metáfora reveladora de una novela o a la perspicaz visión de un ensayo. En él quedan nuestras dudas sordas y nuestras miserias incontrolables, esos entresijos que constituyen el inconsciente, reducidas al silencio y la intimidad. Quizás toda expresión literaria creativa sea manifestación elaborada y transfigurada del poso personal que habita en cada uno y, por ello, entiendo que este género es la más auténtica faena de la literatura o, si se quiere, toda elaboración literaria es una transformación del diario. Pero sumirse en un quehacer de este tipo tal vez sea renunciar a una perspectiva del mundo en caso de que pretendamos entender el magno acontecer de la historia, si bien toda comprensión posible se realiza desde el yo que siente palpitar una vida entorno, próxima o lejana.

Existe una conciencia de lo cotidiano, difusa, dispersa. Como lo cotidiano se expresa en pequeños momentos, en hechos casi insignifican-



ABELARDO
MARTÍNEZ CRUZ

tes, la conciencia diaria de cuanto atendemos se siente incapaz de remitir sus contenidos a un universal inteligible en la que lograrían sentido las pequeñas cosas de nuestro entorno. Nos quedamos reducidos a lo banal, a ir tirando poco a poco, avanzando como podemos por un tiempo que se porfiriza en insignificantes momentos. No hay ninguna referencia trascendental que se nos ofrezca como alusión de los datos, ni menos un ideal que acatemos todos y que, por tanto, pudiese aparecer en la vida de cada cual. Cada uno llevamos

nuestros criterios como intimidades inexpressables e incommunicables y transitamos la vida aguantando como podemos este tiempo de confusión.

Ya quisiéramos que conocer fuese una “reminiscencia”, como pretendía Platón. Habría en todos nosotros momentos de un recuerdo de ideas que nos permitirían entendernos, comunes instantes que harían de esta especie humana una comunidad. Pero ni el conocimiento es reminiscencia ni hay referencia comprensiva única a la consideración de todos y en esta situación sólo es posible la tolerancia, que a veces se confunde con la indiferencia.

Reseñar el quehacer de cada día es narrar la alienación que deteriora el existir, aunque nosotros no podamos percibir esa enajenación personal. Ésta se advierte a distancia, desde la perspectiva ajena. Pero a pesar de todo, también pone de manifiesto una conciencia sobre el existir personal, porque nuestro humano modo de ser posibilita la reflexión y “vivir sólo se deja aclarar cuando se ha vivido”, según nos dejó indicado Kierkegaard, por tanto, cuando se va refiriendo lo que se ha realizado.

Un diario no tiene necesariamente que ser ejercicio narcisista, pero tiene algún deje de adolescencia, pervivencia de un tiempo en el que parecía que experimentábamos la vida como nadie la había vivido y, en definitiva, no era más que el asombro de la novedad, precisamente aquella a la que nos despertaba el profesor que pretendía el relato de cada jornada nuestra de adolescentes.